

El asunto

¿A qué viniste?

A llevarte.

...

Había sido un día de mucho trabajo y la Muerte tenía ganas de tirar todo y dedicarse a otra cosa. Esto ya no es vida, dicen que rezongó en un callejón.

Le hubiera gustado ser protagonista de *Las intermitencias de la muerte*, esa novela de Saramago en la que nadie muere, y así poder tomar vacaciones por toda la eternidad. Pero la vida real le había otorgado un papel ajeno a las cuestiones literarias, siempre tan acomodables en tal o cual sentido. La Muerte debía matar y punto.

Y en esas preocupaciones andaba la Muerte cuando escuchó una voz que solamente ella podía percibir y que le indicaba dónde debía presentarse -siempre era Ya-, para cumplir su tan repudiable labor. Por fortuna (para ella, claro está) estaba relativamente cerca del destino ordenado. Por fortuna (para el resto de los mortales, claro está) sería la última faena de aquel día.

Sin ser vista atravesó dos continentes y cuatro minutos antes de la medianoche ingresó a la habitación de un hospital. Ahí estaba Freddy: su nueva pieza de colección. Inconsciente, tendido en la única cama ocupada. Rodeado de tubos y cables y aparatos y luces.

Bastó que la Muerte se acercara al muchacho para que éste comenzara a roncar de esa manera típica de los que están yéndose de este mundo. Era el preludio de un trabajo bien hecho, y ella lo sabía.

Más por rutina que por convicción la Muerte observó la pantalla del aparato dispuesto para revelar la actividad cerebral y comprobó que la línea verdosa daba saltitos cada vez más cortos y cada vez más espaciados entre sí. El final se produjo a las 23.59.

Un instante más solía demorarse la Muerte, sin excepción, para asegurarse de que había hecho las cosas bien (según su juicio, claro está). A esa altura de la vida no quería quejas ni hacerse de mala fama (si es que alguna vez tuvo fama de la buena).

Entonces, en la penumbra apenas rota por un destello que llegó desde la calle, puso en marcha un método de comprobación que últimamente le garantizaba excelentes resultados. Tomó la mano izquierda de Freddy y la alzó unos centímetros. Luego contaría hasta tres y finalmente la dejaría caer para certificar la total ausencia de vida.

Pero no alcanzó a soltarla: los dedos aun tibios se tensaron y la mano entera formó algo así como una tenaza de carpintero que atrapó a la Muerte y la apretó con fuerza. Fue como un relampagueo. A lo Frankenstein.

¿A qué viniste?

A llevarte.

Esa especie de herramienta de carne y hueso tenía inmovilizada a la Muerte. Freddy controlaba la situación.

¿Y quién te dijo que quiero irme?

El destino me mandó hasta acá –contestó la Muerte con algo de fastidio.

Yo soy mi propio destino, ¿entendés? –Freddy lo dijo clavándole la mirada–. Yo voy a decidir cuándo será el momento de irme. Más allá de todos estos cables y estas sábanas, tené algo por seguro y andá y decíselo a tu jefe: esta no es mi hora.

La Muerte nunca había perdido antes de perder con Freddy. Lo suyo había sido un trámite siempre y en todo lugar.

...

Freddy recordó aquel victorioso cara a cara en un fogón encendido especialmente para contar historias. Lo hizo esta semana, treinta y seis años después de haberse bajado de aquella cama de hospital para volver a su casa, fuerte como un toro.

A muchos nos dejó pensando Freddy. La Muerte todavía le da vueltas al asunto.

JLV/2020

JOSE LUIS VERDERICO

261-4175449

PERIODISTA

(Grupo América Mendoza/DIARIOUNO.COM.AR/Radio Nihuil/Canal 7)

ESCRITOR

(EL DETECTIVE MING, www.eldetectiveming.com.ar LA CASA DE LA CIENAGA AVELINO MAURE 50 AÑOS)